

D. ANTONIO ROS DE OLANO.

EN LA SOLEDAD.

I.

¡Madre Naturaleza!.... Yo que un día,
Prefriendo mi daño á mi ventura,
Dejé estos campos de feraz verdura
Por la ciudad donde el placer hastía,

Vuelvo á ti arrepentido, amada mía,
Como quien de los brazos de la impura
Vil publicana se desprende y jura
Seguir el bien por la desierta vía.

¿Qué vale cuanto adorna y finge el arte,
Si árboles, flores, pájaros y fuentes
En ti la eterna juventud reparte,

Y son tus pechos los alzados montes,
Tu perfumado aliento los ambientes,
Y tus ojos los anchos horizontes?

II.

Más precio en este valle y pobre aldea,
Términos de mi vida peregrina,

Despertar cuando el aura matutina
Las copas de los árboles meneas;

Y al volver de mi rústica tarea,
Hora, en la tarde, cuando el sol declina,
Mirar desde esta fuente cristalina
El humo de mi humilde chimenea,

Que en la rodante máquina lanzado
Cruzar como centella por los montes;
Pasar como relámpago el poblado;

Robar, en fin, al péndulo un segundo,
Y en pos de los finitos horizontes,
Sentir la *Nada* al abarcar el mundo.

III.

Hay junto á la ventana de mi estancia
Un laurel de la sombra protegido,
En donde guarda un ruiseñor su nido
Apenas de mi mano á la distancia:

Y entre el verde follaje y la fragancia,
Celoso, ufano, amante, requerido,
Dice su amor con lánguido quejido
Y dulce y elevada consonancia.

Las horas de la noche una tras una
En sigilosa hilera huyendo el día,
Siguen el curso á la encantada luna.....

Y en esta soledad, el alma mía
Goza, sin envidiar cosa ninguna,
De su quieta y feliz melancolía.

IV.

¿Qué fueron al gran Carlos sus hazañas
En la celda de Yuste recogido?
El quiso relegarlas al olvido,
Y ellas emponzoñaban sus entrañas.

Suele el que nace humilde en las cabañas
Dejar su techo, y olvidar su ejido,
Por el lucro del mar embravecido,
Por el sangriento lauro en las campañas.

Mas al recto varón que honró su historia,
Sin codiciar fortuna envilecida,
Ni envidiar de los Césares la gloria,

Un apartado albergue le convida
Á esperar sin tormento en la memoria
La breve muerte de su larga vida.

RECORDANDO EL ENTIERRO DE ESPRONCEDA.

¡Cayó sin dar un ¡ay! en la primera
Y última desventura de su vida!.....
¡Ya no asusta el cometa sin medida
Que se apagó en mitad de la carrera!

Y este llanto que moja mi severa
Rugosa faz en la vejez sumida,
Es ya la última lágrima exprimida
De una fuente de amor, que amor no espera.

¡Poeta del pesar!..... De la clemente
Tumba que de los vivos te separa,
Rompe la losa con tu férrea mano.....

Canta el *himno á la muerte* que inspirara
Á tu virtud el infortunio humano,
Y escupe al vulgo hipócrita en la cara.

EL SIMUN.

La soledad lo aborta sin destino
Sobre el páramo inmenso del desierto;
A su presencia duélese el Mar Muerto
Y gime triste el campo palestino.

Con polvorosa crin borra el camino,
Y á su bochorno el caminante incierto,
El cuerpo tiende, el hálito cubierto
Del raudo y abrasante remolino.

¡Pasó!..... Y el tigre bota en la candente
Arena, en que el león ruge erizado
Y silba y se retuerce la serpiente.....

¡Pasó!..... Y en la quietud del despoblado
La ciudad solitaria del Oriente
Llora con el Profeta su pecado.

PROGRESIÓN.

Del fértil seno de la madre España
Nace el altivo Tajo en breve cuna;
Y, creciendo con rápida fortuna,
Ceden los pinos á su adulta saña.

Si rompe cerros, si florestas baña,
Río es el Tajo; su corriente es una,
Sea en la vega, anchísima laguna,
Sea sierpe que enrosca la montaña.

Miradle de Aranjuez en los verjeles,
Vedle desde la cántara extremeña:
Contempladle al llegar al Océano.....

Y así del alma, en cálidos rieles,
La idea brota y rauda se despeña,
Río caudal del pensamiento humano.

LENGUAJE DE LAS ESTACIONES.

EN EL INVIERNO.

EL HOGAR.

¿Ves, hermana, cómo acude
Tras la aficción el consuelo,
Sin que el corazón se advierta
Ni lo procure el deseo?
Antes, al volver la vista
Á la cruz del cementerio,
Vertías acerbos lágrimas
Con amargo desaliento;
Y hoy, con los ojos enjutos,
Pronunciando el Padrenuestro,
Han apartado tus manos
La nieve del santo suelo,
Donde de nuestros mayores
Yacen los mortales restos,
Cuyas almas inmortales
Te bendicen desde el cielo.
Se han cambiado tus sollozos
Y los ayes de tu pecho
En plácidas melodías
Que acusan otros afectos.....
Y esa misma cantilena

Del ángel que guarda el sueño
De los niños, la aprendiste
En el regazo materno.
Nuestra madre te la dijo,
Abrigándote en su seno,
Con arrullo de paloma
Cuando ampara á sus hijuelos.
Y la rüeca, con sus flores
De siempreviva al extremo,
Y el huso de plata fina,
Con la inicial de su dueño;
Ese infatigable huso
Que tus delicados dedos,
Tras levisimo chasquido,
Lanzan con ágil gracejo;
Y ese copo bien peinado
Del lino de nuestro huerto,
Que vas desatando en hebras
De finísimo cabello;
La rüeca, el huso y el lino
Son que allá en mejores tiempos,
Al compás de las canciones
Del ángel que guarda el sueño,
Sirvieron á nuestra madre,
Al arrimo de este fuego,
Para hilar blancas madejas
De que luego se tejieron
Las sábanas de tu cuna
Y las de mi breve lecho.
¡Oh, piadosa hermana mía!
¡Cuán dulce contentamiento
Sentimos las dos ahora
En el altar del recuerdo;
En este hogar heredado
Llama de calor perpetuo
Que avivaban nuestros padres
Y sus padres encendieron!.....
¡Así nosotros, hermana,
Venturosos herederos

De sus cristianas costumbres,
De su hacienda y de su techo,
Podamos legar el fruto
De sus honrados consejos
Á hijos dignos de nosotros
Y dignos de sus abuelos!
Que en mal hora los que heredan
Olvidan sus venideros;
Y los que son en el mundo,
Porque sus mayores fueron,
Poderosos en riqueza,
En la ostentación egregios,
Y disipan en festines,
Bajo artesonado regio,
Hacienda que no fundaron
Con su ciencia ni su esfuerzo,
Afrentan en ocio impuro
Honor que no merecieron.
Yo, á ejemplo de nuestros padres,
Hermana mía, prefiero
Á manjares no soñados
Por el natural deseo,
Frugal mesa abastecida
Para el preciso sustento,
Con los frutos generosos
Que rinde al trabajo el suelo:
Y, al mirarlos sazonados
Con la forma en que nacieron,
Servidos en blanca loza
Sobre limpísimo lienzo,
Digo con gozo en el alma,
Y en quien soy los ojos puestos:
«Aves son de mis corrales,
Que en mis corrales nacieron;
Corderos de mis ovejas;
Caza que abatí en su vuelo;
Vino tinto de mi viña,
Trasegado, limpio, añejo;
Verduras de mi cercado,

Y frutas de mis injertos.....»
Así Dios no me perdone,
Hermana, si te exagero:
Pero, si se me obligase
A optar entre dos extremos:
Vivir sobrado de fausto
Fuera del hogar doméstico,
O empobrecer mi comida
Aquí, al amor de este fuego,
¡Hermana! Dios no me ayude
Si no es verdad que prefiero
Á dejar mi amado asilo,
Un negro pan de centeno,
Con las frutas arrugadas
Que guardas para el invierno.
Mas ya advierto que vencimos
Esta velada de Enero ;
Y, pues nos anuncia el gallo
Que ha dormido el primer sueño,
Hermana, arropa la lumbre
Con la ceniza, y dejemos
La guarda de nuestro ejido
Á mi leal compañero.
Ni asechanzas de la envidia
Ni injustas venganzas temo;
Pues, al fin, no tiene el hombre
Mejor amigo que el perro.

EN LA PRIMAVERA.

I.

LA MAÑANA.

Ungida en blando rocío
Despierta amorosa el alba,
Tímida beldad que en sueños
Su amante, el sol, busca y llama:

Claros sus ojos azules
De luminosas pestañas,
Al beber luz en los cielos,
La luz al suelo derraman.

Salúdala el Santuario
Con la voz de la campana,
Mientras le dice sus himnos
En los aires la calandria ;
Y al influjo cariñoso
De su espléndida mirada,
Se esponja de amor la tierra
La vida ríe en las plantas.

Ancha clámide de nieve
Desprenden de sus espaldas
Los cerros, al anunciarse
De Abril la augusta mañana;
Y de las cumbres descende
Libre, saltadora el agua,
En elegantes revueltas
Cintas de cristal y plata.

Recibe el amante valle
Con flores su desposada;
Y ella, tras húmedos besos,
Se aduerme entre verdes algas.
Las festivas, redolentes,
Ligeras brisas, resbalan
Sobre el mar ó sobre flores,
Entre el cielo y las cabañas;
Y se mecen halagüeñas
En mil idas y tornadas,
Bajo formas infinitas,
Del hombre las esperanzas.

Puesta la popa á la arena
Y la proa á la bonanza,
Dejando el refugio amigo,

Levadas las corvas áncoras,
Libra las turgentes velas
La nave de Dios fiada;
Que así la ambición fenicia,
Mostró surcando las aguas,
Cual las mercedes del suelo
Por oro en la mar se cambian.

El labrador que abrió el surco,
Y de sus trojes preciadas
Arrojó fértil semilla
Con mano atrevida y franca,
Cela la espiga naciente
Sobre campos de esmeralda,
Mientras que, libres del yugo,
Los tardos bueyes descansan.

Óyense alegres canciones
De las rústicas zagalas:
Amor las pone en sus labios,
Bien sentidas, mal calladas,
Ecos que acaso responden
En su delectable pausa
Á las trovas que en la noche
Profirió la serenata.....
Y aun dicen que la doncella,
Desde la puerta foránea,
Al huir la blanca luna
De la aurora sonrosada,
Sorprendió junto á la reja,
Defensa de la ventana,
Donde no llegan los labios,
Aunque los ruegos alcanzan,
Al amante que allí puso,
Como regalo á la *Maya*,
Ramos de fresca verbena
En generosa guirnalda.
¡Oh, naturaleza! ¡Oh, madre!
Cuando presentas tus galas,

Amor encuentra do quiera
Sus ofrendas y sus aras.
No de otra suerte á tu influjo
La entumecida crisálida
Rompe la mística celda,
Y en metamorfosis rápida,
De oro y de carmín lucentes
Despliega veloces alas,
Y vuela al altar de Flora.
En nueva vida agitada:
Gusano ayer en su cárcel,
Gira libre, inquieta, vaga,
Cual si, guardando memoria
De su brevedad pasada,
Sintiera que no le cabe
Gozar delicias tan anchas.
Muge la esbelta novilla
Desde el otero á distancia;
Primer celo en que se enciende
Al pacer la verde grama.....
Suma de gala y de fuerza,
Monstruo de fiereza y gracia,
El toro al clamor amante
La frente adusta levanta.
Por más saciar el olfato
Las hondas fosas dilata:
Enhiestas las finas puntas,
Rueda la hirviente mirada:
Juega la flexible cola
Con ondulantes lazadas;
Y, azotándose los flancos,
Cual con serpiente irritada,
Rayo que en trueno responde
Pronto al imán que le llama,
Rápido como el relámpago,
Parte, arrolla, triunfa ó mata.
Los árboles se columpian
En el seno de las auras;
Las aves pueblan el éter;

Los ríos serenos pasan.....
Y, en tanto, un eco distante,
Que el viento interrumpe á ráfagas,
Trae y lleva los acordes
De la primitiva flauta.....
Son los de la edad de oro
Trinos de la flauta pánica,
Recreación de pastores,
Mientras pacen sus manadas
Y vense en libre careo
Correr del monte á la falda
Menudas, ágiles, limpias,
De vario color pintadas,
Generación de Amaltea,
Las mil esparcidas cabras.....
Y, en medio al vario conjunto,
Señor entre sus esclavas,
Celoso barbón hirsuto,
De corona esparramada,
Y olor genial, que denuncia
Á los machos de su raza;
Dispensador de favores,
Dejando va por do marcha
Vapor de naturaleza,
Dulce á sus hembras ingravidas.
¡Horizontes de la vida!
¡Limitaciones humanas!
¡Tal traéis á la memoria
Las religiones pasadas!
Tal veo en el templo egipcio
La adoración humillada
Ante el símbolo monstruoso
Del padre de las cabañas;
Y aun más cerca á los sentidos
Contemplo en Grecia, hermanadas
Deformidades cupídicas
É idealidades de estatua,
Y el mito erótico, en donde
Triunfa del vigor la gracia

Tras la lid voluptuosa
Apenas significada,
Si el torpe bruto rendido
Tan flojamente se amansa
Que sobre sus rudos lomos
La gracia gentil cabalga.
Así, al contemplar de lejos
La mar tranquila, rizada
De nivea espuma, que en iris
Los rayos del sol desata,
Paréceme ver que nace
De las ondas azuladas,
Bella cual si á mi deseo
Mi libertad la evocara.
Y á mi voluntad surgiera,
Sensible diosa pagana,
La Venus chípria, meciéndose
En leve concha de nácar;
Por cendal de sus contornos
Las sueltas madejas áureas;
Con pompa de blancos cisnes,
Que sumisos acompañan,
Y Céfiros y Nereidas
Que la acercan á la playa.
Oigo el plácido concierto
De los orbes en la estancia
Del Infinito, do viven,
Giran, se atraen y se aman;
Y esa sublime armonía
Es el suspiro, es el habla
De la Creación entera
Que suspira enamorada.

II.

LA GOLONDRINA.

¡Bienvenida la inocente
Huésped, de donde quiera